

Freddy Varona  
Domínguez

## Carácter multifacético de la concepción del ser humano en el pensamiento marxista cubano de la primera mitad del siglo xx

**C**omo una manera de justificar utilitariamente el porqué de un estudio, no son pocos los autores que comienzan sus textos destacando la vigencia del tema que tratan; en correspondencia, es considerable el número de lectores quienes gustan hallar al inicio de la lectura la actualidad e importancia del asunto recogido en el escrito que van a leer. Con la intención de satisfacer ambas exigencias, puntualizo que para destacar la grandeza del estudio del pensamiento de cualquier pueblo no es necesario usar muchos argumentos o explicaciones. Esta aseveración categórica la baso en una evidencia: las especificidades, propósitos, influencias foráneas, modos de exposición, entre otras características, constituyen terrenos de notoria fertilidad investigativa y capacidad de brindar variedad de conocimientos, los cuales dependen de muchos factores, como son las intenciones del estudioso y su punto de vista: filosófico, historiográfico, económico, sociológico, por sólo mencionar algunos. Amén de ello, la trascendencia del estudio del pensamiento de un pueblo puede medirse por la contribución a la solución de problemas existentes y, más aún, por su espíritu incitador, por la renovación que abre hacia el futuro, la novedad de las vías que incluye y el alcance de su proyección.

No sólo con la intención de hallar una contribución a la solución de algún problema actual, sino también de aprehender y

destacar el espíritu incitador y de renovación que abre hacia el futuro, se realiza el presente estudio de la concepción acerca del ser humano en el pensamiento marxista<sup>1</sup> desarrollado en Cuba durante la primera mitad del siglo xx, de la cual vale subrayar que se despliega mayormente de modo implícito, por lo que se persigue no sólo referir algunas de sus características, sino sobre todo las no explícitas.

La existencia del mencionado pensamiento ya rebasa con creces la centuria y no ha sido tímida ni ha estado ubicada exclusivamente en recovecos intelectuales, antes bien, distintivo suyo ha sido desde el inicio la participación activa de sus representantes en el cosmos teórico y práctico de Cuba (de donde a su vez se nutre): la filosofía, la política, la economía, el derecho, el arte, la literatura; en resumen: la sociedad y la cultura cubanas.

Teniendo en consideración esa amplitud y para ganar tanto concreción como profundidad, el presente estudio se limita al período que se inicia con su surgimiento (ocurrido durante las últimas décadas del siglo xix) y termina a mediados del siglo xx, cuando comienza otra etapa de su desarrollo y se centra en algunos de los pensadores más representativos, cuya selección se debe a la actualidad y riqueza teórica marxista de su obra. Ellos son Carlos Baliño López (1848-1926), Julio Antonio Mella (1903-1929), Rubén Martínez Villena (1899-1934), Juan Marinello Vidaurreta (1898-1977), Blas Roca Calderío (1908-1987), Raúl Roa García (1907-1982) y Carlos Rafael Rodríguez (1913-1997). En esta elección no fue requisito el hecho de ser miembro del primer partido marxista cubano.

En el período histórico en cuestión, la concepción acerca del ser humano que se desarrolla, mayormente de modo implícito, en el pensamiento marxista cubano tiene como soporte teórico la categoría filosófica hombre, la cual, sin perder la abstracción que le es consubstancial, concreta su contenido en los hombres y mujeres del pueblo cubano con su actividad y en la patria, con sus problemas a solucionar y la finalidad de construir una sociedad sin discriminaciones ni explotación. En el despliegue de dicha concepción se destacan tres direcciones: la aprehensión

<sup>1</sup> Es crucial puntualizar desde el inicio, que el hecho de hablar de pensamiento marxista no significa reduccionismo ni limitación a la obra de Carlos Marx y Federico Engels, sino que al mismo tiempo que la abarca, incluye el desarrollo posterior de la teoría de ambos.

socio-clasista del hombre (y la mujer), las relaciones dialécticas individuo-sociedad y la importancia de la fuerza interna humana.

El hombre es un ser social que forma parte de clases y grupos sociales

A partir de la aprehensión del hombre (y la mujer) en su actividad, en este pensamiento cubano es básica la consideración de que la realización humana es posible sólo en el marco social. A tono con esta consideración tiene lugar la convicción de que: «La teoría del hombre aparte, de la inteligencia pavoneándose sobre los partidos y sobre las clases sociales, elaborada por el Renacimiento, no es más que una leyenda»,<sup>2</sup> afirmación que explicita Raúl Roa en 1939, aunque desde los primeros momentos se concibe al hombre no sólo como un ser social, sino también perteneciente a clases y grupos sociales.

Amerita destacar que en los momentos iniciales del pensamiento marxista cubano, cuando aún no han salido a la luz los aportes de Lenin al marxismo, no hay una idea precisa acerca de la categoría «clase social». Esta aseveración se evidencia en la obra de Carlos Baliño, quien sostiene en 1905 que la «clase de color» debía ser una clase proletaria,<sup>3</sup> conclusión a la que seguramente llega por ser semejante la situación socio-económica de los obreros y la de los cubanos de piel negra. El cimiento que en 1905 necesita este pensador sale a la luz en 1919, cuando Lenin publica su definición de clase social,<sup>4</sup> la cual proporciona parámetros decisivos y precisos para delimitarlas, como el lugar que los hombres y mujeres ocupan en un sistema de producción social históricamente determinado, las relaciones en las cuales se hallan con respecto a los medios de producción, el papel que desempeñan en la organización social del trabajo y el modo y cantidad en que reciben la parte de la riqueza social de que disponen.

<sup>2</sup> Raúl Roa: «Pasión y fe del anarquismo», en Escaramuza en las vísperas y otros engendros, Edición Universitaria, UCLV, Santa Clara, 1966, p. 308.

<sup>3</sup> Ver Carlos Baliño López: «Hablemos claro», en Documentos y artículos, Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba, La Habana, 1976, pp. 87-88.

<sup>4</sup> Ver V. I. Lenin: «Una gran iniciativa», en Obras Escogidas, Editorial Progreso, Moscú, 1961, t. 3, p. 228.

Acorde con la esencia proletaria del marxismo, los obreros constituyen la piedra angular de la concepción acerca del hombre. De ellos se subraya su carácter revolucionario, su capacidad de realizar grandes transformaciones y su misión histórica de crear una sociedad sin explotadores, donde los hombres y las mujeres puedan desarrollarse plenamente y satisfacer sus necesidades sin ninguna discriminación. Asimismo se destaca la coincidencia de los intereses clasistas de los obreros con los de la nación a partir de la economía atrasada de Cuba y dependiente de los Estados Unidos, junto a graves problemas sociales, como el desempleo y las difíciles condiciones de trabajo. Ya en 1924 J. A. Mella destaca: «La causa del proletariado es la causa nacional. Él es la única fuerza capaz de luchar con probabilidades de triunfo por los ideales de liberación en la época actual.»<sup>5</sup> Sobre esa base toma consistencia el pedido que le hace a los obreros de Cuba: Sentirse herederos y continuadores del patriotismo de los cubanos precedentes, a pesar de que muchos de ellos fueron representantes de otras clases sociales. Así insiste en la historia de la patria no como añoranza por el pasado, sino vía que encamina hacia al futuro.<sup>6</sup>

Es común en este pensamiento cubano el establecimiento de nexos entre la condición semifeudal del país y las características más marcadas de la clase obrera. El análisis cimero de estas relaciones lo ofrece Carlos Rafael Rodríguez en 1941 cuando señala de la clase obrera los siguientes rasgos: numéricamente débil, de corta existencia en el país, ligada a una producción de escaso nivel técnico que propicia una explotación más brutal, formada en su mayoría por antiguos campesinos y artesanos arruinados, lo cual sirve a su vez de condición propicia para la presencia en sus miembros de la psicología pequeño burguesa y con ella del anarquismo y el reformismo en el movimiento obrero cubano.<sup>7</sup>

<sup>5</sup> Julio A. Mella: «Los nuevos libertadores», en Mella: Documentos y artículos, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 124.

<sup>6</sup> Ver de Julio A. Mella: «Todo tiempo futuro tiene que ser mejor», en Documentos y artículos, ob. cit. p. 77. Blas Roca Calderío: Los fundamentos del socialismo en Cuba. Editorial Páginas, La Habana, 1943, p. 30, y Carlos Rafael Rodríguez: «El marxismo y la historia de Cuba», en Letra con filo, Ediciones Unión, La Habana, 1987, t. 3, pp. 45-48.

<sup>7</sup> Ver Carlos Rafael Rodríguez: «Las clases en la Revolución Cubana», en Letra con filo, ob. cit., t. 1, p. 28.

Los campesinos son otro de los componentes de la concepción de marras. En este caso también se destaca el mencionado estudio de Carlos Rafael Rodríguez y junto a este el que realiza Blas Roca Calderío por esa misma época y publica en 1943.<sup>8</sup> De esta clase social destacan como características el no emplear mano de obra asalariada en el cultivo de la tierra (acción que llevan a cabo con su familia), su composición heterogénea (ricos, medios y pobres) y los vínculos de sus características esenciales con el carácter semifeudal de Cuba y de neocolonia norteamericana. Dichos pensadores subrayan la explotación a que estaban sometidos por los latifundistas y terratenientes cubanos y norteamericanos y las difíciles condiciones de vida y trabajo, lo cual ven como motor de la participación en la lucha revolucionaria, tanto por aspiraciones clasistas, como por transformaciones sociales de mayor alcance.<sup>9</sup>

Con la actividad práctico-transformadora como sustento, estos pensadores cubanos no sólo conciben al ser humano como hombre trabajador, sino que tienen en cuenta su contrario: los opresores y explotadores. En este caso, un significativo lugar tiene la burguesía. De ella subrayan el afán de riquezas y, resultante de ello, el espíritu deshumanizado, la corrupción moral y el entreguismo al imperialismo norteamericano, rasgo éste que sirve de base al criterio de no considerarla burguesía nacional, pues no es la nación lo que le interesa. Como en casos anteriores, en relación con esta clase social sobresalen los mencionados estudios de Carlos Rafael Rodríguez, quien dentro de las particularidades de la burguesía subraya la heterogénea composición y los «intereses contradictorios entre sí debido a sus relaciones especiales hacia la economía.»<sup>10</sup>

<sup>8</sup> Ver Carlos Rafael Rodríguez: «Las clases en la Revolución Cubana», en *Letra con filo*, ob. cit., pp. 25–26. Ver, además, Blas Roca C.: *Los fundamentos del socialismo en Cuba*, ob. cit., p. 47, 64–72.

<sup>9</sup> A la atención de estos pensadores no escapa la cercanía de los campesinos pobres, en cuanto a las condiciones de vida y trabajo, con los aparceros, arrendatarios y precaristas, así como con los semiproletarios, de quienes señalan como rasgo significativo la oscilación de sus intereses con los de los obreros y los de los pequeños burgueses. Este aspecto será tratado en otro texto.

<sup>10</sup> Carlos Rafael Rodríguez: «Las clases en la revolución cubana», en *Letra con filo*, ob. cit., p. 15. «Las clases en la revolución española», en *Letra con filo*, ob. cit., t. 1, pp. 3–13.

Es evidente que Carlos Rafael Rodríguez no observa a la burguesía en bloque. Este procedimiento discernidor comienza a aplicarse a partir de la corrección realizada por los comunistas cubanos en el VI Pleno de su organización, celebrado el 21 y 22 de octubre de 1935 cuando entienden que había que penetrar las entrañas de esta clase social para conocerla más profundamente y observar sus diferencias y divisiones internas.<sup>11</sup> Resulta significativo acotar que este pensador reconoce la posibilidad de la parte más seria y cautelosa de la burguesía nativa de desarrollar ideas progresistas relacionadas con la paz, la democracia y la independencia económica del país.

Entre los opresores y explotadores tienen su espacio los terratenientes y latifundistas, quienes no pierden la condición de seres humanos a pesar de su esencia inhumana, que es uno de los aspectos en que con más frecuencia se enfatiza. Como soporte de las reflexiones se apunta que la mayoría de los latifundios estaba en manos de compañías extranjeras, las que poseían miles de caballerías de tierra y se subraya que ambos estaban vinculados a las condiciones semifeudales de Cuba y a las fuerzas imperialistas.<sup>12</sup>

En lo referente al aspecto clasista de la aprehensión del ser humano desarrollada por estos pensadores marxistas cubanos durante la primera mitad del siglo xx merecen un aparte las ideas en torno a las clases medias. En este caso salta a la vista la opinión de Julio Antonio Mella en 1928<sup>13</sup> en cuanto a su carácter revolucionario, pues no diferencia posiciones ideológicas de sus integrantes y, por ende, de ellos sólo ve actitudes negativas con respecto a la lucha. Esta opinión de J. A. Mella se debe al momento histórico, cuando, por un lado, el fascismo se desarrollaba en Italia y Alemania apoyado en dichas clases y por otro, que las mismas no habían demostrado sus posibilidades revolucionarias. No menos importante es que acerca de ellas aún no existían profundos estudios marxistas.

<sup>11</sup> Carlos Rafael Rodríguez capta la subdivisión interna de la burguesía en Cuba en dos grandes grupos: el comercial y el industrial. Ver Carlos Rafael Rodríguez: «Las clases en la revolución cubana», en *Letra con filo*, edic. cit., p. 16.

<sup>12</sup> Ver Carlos Rafael Rodríguez: «Las clases en la revolución cubana», en *Letra con filo*, edic. cit., t. 1, p. 26.

<sup>13</sup> Ver Julio A Mella: «Sobre la misión de la clase media», en Mella. Documentos y artículos, edic. cit., pp. 472-483.

Con el paso de los años cambia la opinión acerca de las clases medias y sus posibilidades revolucionarias y humanistas, en lo cual es determinante el VII congreso de la Internacional Comunista, celebrado en 1935, donde se rechaza por falsa la concepción del fascismo como movimiento pequeño burgués. A partir de este año, en el pensamiento marxista cubano descuellan la caracterización de las clases medias por su posición vacilante con respecto a la burguesía y a los obreros, a pesar de ser explotada por el gran capital, y se subraya la conveniencia de incorporarlas a la lucha revolucionaria.

En el pensamiento marxista cubano la delimitación de las clases medias tiene lugar sobre la base del criterio de la condición determinante de las relaciones de producción. Acorde con ello, Carlos Rafael Rodríguez y Blas Roca destacan en ellas a la pequeña burguesía, que conciben como la clase social que agrupa a «aquellos que no teniendo la posibilidad de ser grandes burgueses —poseedores de una gran fábrica, de un gran comercio, etc.— tampoco se consideran, o no lo son de veras, asalariados, obreros de la industria moderna»<sup>14</sup> y «siente sobre sí la explotación de los grandes importadores [...] Pero está unida a la forma de explotación del pueblo a través del comercio y de la usura.»<sup>15</sup> Es común en el pensamiento marxista cubano considerar que dentro de los rasgos característicos más significativos de la pequeña burguesía están el individualismo, su posición vacilante ante el socialismo y el capitalismo, su existencia en el campo y la ciudad y su diferenciación interna en el sector industrial, el comercial y el agrícola.

El estudio acerca de las clases sociales que realizan Carlos Rafael Rodríguez y Blas Roca tiene en sí una gran significación histórica y teórica, sobre todo por la caracterización que realizan de la composición clasista cubana desde posiciones marxistas, pero en ello no radica su mayor importancia, sino en el procedimiento que emplean consistente en la interrelación de dos aspectos: los intereses propiamente clasistas dialécticamente enlazados a su fundamento económico y la posición que cada clase social tiene con respecto a la independencia de Cuba y sus

<sup>14</sup> Blas Roca: *Los fundamentos del socialismo en Cuba*, ob. cit. p. 48.

<sup>15</sup> Carlos Rafael Rodríguez: «Las clases en la revolución cubana», en *Letra con filo*, ob. cit., t. 1, p. 27

vínculos con los Estados Unidos, decolora la atención hacia la gran necesidad histórica cubana, o sea, que no desaparece ni es la solución de la contradicción imperialismo norteamericano-independencia nacional, que es en sí la premisa primordial para la realización del objetivo cardinal de tener una patria soberana y próspera.

En el pensamiento marxista cubano durante la primera mitad del siglo xx la concepción acerca del hombre como ser social asimismo se apoya en grupos sociales, cuya delimitación está dada por los conocimientos, la edad, el sexo, entre otros parámetros. Dentro de los grupos sociales los pensadores marxistas cubanos le dan una destacable atención a la intelectualidad, el estudiantado y las mujeres.

Acerca de los intelectuales se configura una profunda concepción que es muestra de la importancia que este grupo social ocupa en dicho pensamiento cubano. En ello incide el aumento del número de intelectuales en las filas del Partido Comunista de Cuba durante la lucha contra la tiranía de Gerardo Machado, así como la necesidad de difundir la teoría marxista, desarrollarla y llevarla a la práctica creadoramente.

En el pensamiento marxista cubano de esta época no abundan las definiciones, pero sí puede hallarse consideraciones que, sin alejarse de la esencia del marxismo, resultan ser novedosas, como la que ofrece Julio Antonio Mella en 1924 con respecto a la intelectualidad. Este joven pensador concibe al intelectual con dos rasgos determinantes: primeramente, es un trabajador de pensamiento; segundo, desprende su condición de intelectual de su actitud social específica, porque considera que esa denominación solo la merece quienes ponen su pluma para combatir las iniquidades. A quienes no cumplen con ese requisito los llama tartufos,<sup>16</sup> a pesar de dedicarse a una profesión que se centre en el empleo del intelecto. Mella ubica a los intelectuales en la revolución o en la reacción, o sea, no reconoce posiciones intermedias, sean neutrales o apolíticas, lo cual se yergue como principio que encuentra continuación en los sucesivos pensadores marxistas cubanos.

<sup>16</sup> Ver Julio A. Mella: «Intelectuales y tartufos», en Documentos y artículos, ob. cit., p. 88-91.

Dentro de los intelectuales, en el pensamiento de Marras se les da especial atención a los profesores universitarios. Ello está dado, en gran medida, por su deber de moldear el porvenir patrio. Julio A. Mella rechaza a quienes con su indiferencia o silencio no hacen otra cosa que apoyar las políticas retrógradas y destaca que por lo general ese tipo de hombres se dedicaba a plagiar conocimientos y a seguir acríticamente las líneas de las academias extranjeras. La causa de esa afirmación está en que en ese período era grande la cifra de profesores reaccionarios o de indiferentes a los problemas de la sociedad cubana y en particular a los relacionados con la política.

Julio A. Mella destaca en los profesores universitarios su tendencia a las posiciones reaccionarias por ser defensores de la propiedad individual y de los privilegios sociales. Sobre esta base, en 1928 refuta la tesis del ARPA<sup>17</sup> acerca de la intelectualidad como base social de la revolución. Ya cuatro años antes, en 1924, Mella pide un nuevo tipo de profesor universitario, al cual le da la distinción honorífica de Maestro, quien es, según afirma, aquel que «forma el carácter del alumno, y por lo tanto, el que moldea, como artista hábil el futuro de la sociedad en su aula [...] Es aquel que no se olvida nunca»;<sup>18</sup> por tanto, en su criterio, el verdadero profesor es quien reúne méritos intelectuales, profesionales, morales y políticos; es quien sabe interpretar las necesidades del momento histórico y ponerse al servicio de ellas. Además, es quien deviene guía inolvidable en la vida, con sus virtudes y capacidad para llegar a los sentimientos de los estudiantes.

Durante la revolución de los años treinta, el escaso o nulo espíritu revolucionario de los intelectuales varía, porque a medida que se agudiza la lucha contra la tiranía de Gerardo Ma-

<sup>17</sup> Alianza Revolucionaria Popular Americana, organización latinoamericana de los años veinte del siglo xx, dirigida por el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre, la cual pretendía ser continuadora de Bolívar, injertada en Marx y Engels. Mella la estudió profundamente y llegó a caracterizarla como oportunista y revisionista. Ver J. A. Mella: «La lucha revolucionaria contra el imperialismo», en *Documentos y artículos*, edic. cit, pp. 363-370 y, «¿Qué es el ARPA?», *ibídem*, pp. 370-402.

<sup>18</sup> Julio A. Mella: «Los falsos maestros y discípulos», en *Documentos y artículos*, edic. cit, p. 118. La esencia reaccionaria, entreguista y antipopular de muchos intelectuales, sobre todo los graduados en el extranjero, fue condenada por varios pensadores marxistas, entre ellos Rubén Martínez Villena. De él puede verse «La aventura del artículo de un comunista y sus enseñanzas», en *Poesía y Prosa*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1978, t. 2, p. 254.

chado aumenta entre ellos el número de quienes se comprometen con la revolución, movidos por el hecho de haber comprendido las exigencias del momento histórico. Son continuadores de Mella y al igual que él atribuyen la condición de intelectual no sólo a quien realiza un trabajo mental altamente calificado y con una producción de elevadas magnitudes espirituales, sino a quien se dedica a ese trabajo, pero que lo lleva a niveles superiores al vincularlo a las exigencias político-sociales del momento, en función de las cuales debía poner su caudal de saber y junto a él toda su sensibilidad, rasgos estos que ven como indispensables para desempeñar tareas revolucionarias mayores.

Los conocimientos de los intelectuales, la profundidad de pensamiento y amplitud espiritual como cualidades que le permiten ver más lejos, así como su facultad para entender y explicar de un modo más hondo y completo cuanto sucedía a su alrededor, son rasgos de la intelectualidad altamente valorados en el pensamiento marxista cubano, donde se subraya la necesidad de utilizarlos en aras de la revolución y del futuro mejor. «El intelectual, por su condición de hombre dotado para ver más hondo y lejanamente que los demás, está obligado a hacer política»,<sup>19</sup> afirma Raúl Roa en 1931, una época harta de problemas y peligros para el pueblo cubano debido a la enorme crueldad de la tiranía machadista, por lo cual entonces se precisa una activa participación política y es de esa necesidad que se hace eco Raúl Roa.

Años más tarde, en 1938, cuando las condiciones políticas han variado en cierto sentido a favor de la democracia, sin sobrepasar verdaderamente los límites permitidos por la condición neocolonial cubana, Juan Marinello afirma enfáticamente que «el hombre de letras y arte es, y debe ser, ante todo, un hombre; es decir, un elemento socialmente activo, llamado a una función todo lo alta y distinguida que se quiera, pero no aislada del hecho social», y más adelante en el mismo texto puntualiza que «si política es sumar el esfuerzo del escritor y del artista plástico a toda obra de superación humana, de mejoramiento por todos los ángulos, claro está que somos políticos y debemos seguirlo

<sup>19</sup> Raúl Roa García: «Reacción versus revolución», en *Retorno a la alborada*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1977, p. 17.

siendo».<sup>20</sup> La obra de los intelectuales, sobre todo la artística, se evalúa con lauros por su calidad, pero se aprecia aún más si junto con su excelencia es capaz de enriquecer espiritualmente a la humanidad, si contribuye con su desalienación y mejoramiento. Esto constituye un principio que está presente en una parte considerable de este pensamiento cubano.

En años sucesivos los pensadores marxistas cubanos mantienen su posición con respecto al compromiso social de los intelectuales, sin hacer dejación, en lo esencial, del principio establecido por Mella, pero en correspondencia con las condiciones históricas concretas. En 1946 Juan Marinello asevera que los intelectuales pueden manifestarse en relación con la revolución mediante dos vías: una, como partícipe directo, como protagonista de la misma o, dos, con su obra al servicio del quehacer revolucionario, de la cultura y la sociedad, pues «no se trata de que un intelectual sea un dirigente político, aunque el que tenga disposiciones y decisión para ello puede y debe serlo; se trata de que el intelectual caiga del lado de una solución colectiva en la que, de una parte, mantenga y exalte su inevitable hombría y, de la otra, trabaje por la mejor dignidad de su tarea específica».<sup>21</sup> Esta misma posición la expresa Carlos Rafael Rodríguez en 1950.<sup>22</sup>

Al intelectual comprometido con la revolución le es formulado, además, un pedido mayor, el de desplegar con la amplitud y sinceridad su capacidad racional y sentimental para percibir las aspiraciones y necesidades de los hombres trabajadores. En ello el paradigma es José Martí. Entre los numerosos ejemplos de la admiración profesada a José Martí se puede mencionar dos textos, uno de Julio A. Mella, que data de 1926,<sup>23</sup> donde recalca al hombre de pensamiento, amante de América Latina e incansable luchador por el bienestar de los hombres trabajadores y humildes de su patria. El otro de esos escritos es de Juan Marinello, quien asevera en 1942 que lo que hizo José Martí fue una obra de gran artista, pues atendiendo lo nacional y lo forá-

<sup>20</sup>Juan Marinello Vidaurreta: *El propósito de la Unión de Escritores*, Cuba: cultura, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1989, p. 222.

<sup>21</sup>Juan Marinello Vidaurreta: «Discurso a los escritores venezolanos», en *Ensayos*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1977, p. 143.

<sup>22</sup> Ver Carlos Rafael Rodríguez: «En el aniversario de Rubén Martínez Villena», en *Letra con filo*, Ediciones Unión, La Habana, 1987, t. 3, p. 322.

neo se abrazó al pueblo cubano para pedirle la respuesta a sus dolores y a sus esperanzas.<sup>24</sup>

En este pensamiento cubano se reverencia con mayor fuerza la obra de los hombres de pensamiento, arte, literatura y ciencia cuando estos se relacionan de algún modo con los problemas de los explotados, para denunciarlos y exigir su eliminación. Méritos relevantes se le atribuyen a quienes toman conciencia de las urgencias de su época y actúan de acuerdo con ellas. No es un principio político, es una orientación para razonar y remover las fibras de la sensibilidad. Pero no por ello se niega ni menosprecia la calidad innata del creador, antes bien, se le concede gran valía, porque es ella la que hace posible la excelencia de la obra, que nunca ha de ser descuidada.<sup>25</sup>

Es notable el reconocimiento que se le da al intelectual que ha decidido tomar el camino de la revolución y con ello mostrar su ruptura con los explotadores, así como su disposición de ponerse al servicio de los explotados. En este camino se unen a la política, el arte, la ciencia y la faena educadora. No significa consagración a las obligaciones propias del político, ni abandono de su labor creadora y mucho menos olvido de la excelencia de su obra, consideración esta que se yergue no sólo sobre el ejemplo de José Martí, pues modelos a seguir también son Montalvo, Heredia, Sarmiento, Mariátegui y otros, incluidos sus compañeros de lucha Julio Antonio Mella y Rubén Martínez Villena.<sup>26</sup> Esta es la base de la concepción acerca del hombre intelectual, la cual tiene similitud con la de Antonio Gramsci, quien al hablar del intelectual orgánico subraya dos aspectos:

<sup>23</sup> Ver Julio Antonio Mella: «Glosas al pensamiento de Martí», en Documentos y artículos, edic. cit., pp. 267-274.

<sup>24</sup> Ver Juan Marinello: «Españolidad literaria de José Martí», en Ensayos, ob. cit., p. 124.

<sup>25</sup> Ver de Juan Marinello: «Margen apasionado», en Ensayos, edic. cit., p. 66 y «El propósito de la Unión de escritores», en Cuba: cultura, edic. cit., p. 221; de Raúl Roa: «Los últimos días de Pablo de la Torriente Brau», en Retorno a la alborada, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1977, p. 677; de Blas Roca: «José Martí: revolucionario radical de su tiempo», en Siete enfoques marxistas sobre José Martí. Editora Política, La Habana, 1978, p. 48; de Carlos R. Rodríguez: «Varona y la trayectoria del pensamiento cubano», en Letra con filo, t. 3, p. 129

<sup>26</sup> Ver Raúl Roa: «Reacción versus revolución», en Retorno a la alborada, ob. cit., p. 16. Juan Marinello: «Discurso en la Plática de La Habana», en Cuba: Cultura, ob. cit., p. 231.

primero, estar unido a las masas hasta formar con ellas un gran bloque intelecto-moral, donde tiene la responsabilidad de la realización de la teoría; segundo, su unidad con la clase social que le da origen, debido a que él le proporciona «homogeneidad y conciencia de su propia función, no sólo en el campo económico, sino también en el social y político».<sup>27</sup>

Los pensadores marxistas cubanos refieren con énfasis la esencia humanista de la obra educadora y de los hombres y mujeres encargados de ella. La relacionan con la marcha de las transformaciones económico-sociales y sus nuevas exigencias, las cuales han de repercutir en toda la cadena educacional, sobre todo en la universidad y de igual modo en los distintos sectores intelectuales, por lo cual le conceden gran significación.

La importancia que le atribuyen a la Alta Casa de Estudios tiene como fuente los nexos entre la cultura, la sociedad, la educación y los destinos de la patria, no obstante, los hombres y mujeres son el centro de las reflexiones, pues son los realizadores y consumidores de esos resultados provechosos. Pero el intelectual no es el único protagonista en este pensamiento cubano, junto a él están los hombres y mujeres pertenecientes al estudiantado. La mayor cantidad de reflexiones en torno a los estudiantes aparece a mediados de las décadas de los veinte y de los treinta. Esta afirmación no significa que posteriormente hayan sido ignorados, sino que propicia en gran medida la actividad estudiantil revolucionaria de esos años, la cual se incrementa ante todo por dos grandes factores: uno es el movimiento estudiantil de la universidad argentina de Córdoba; y el otro la lucha contra el tirano Gerardo Machado.<sup>28</sup> En una especie de martirologio recogen los pensadores marxistas cubanos la entrega de sí mismos que hacen los estudiantes a la revolución

<sup>27</sup>Antonio Gramsci: «La formación de los intelectuales», en Antología, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973, p. 388.

<sup>28</sup> El movimiento estudiantil surgido en 1918 en la universidad de Córdoba contribuye al nacimiento de una nueva generación de latinoamericanos, al dotar a los estudiantes de Latinoamérica de un lenguaje común, a pesar de poseer en cada país exigencias peculiares. Bajo su influencia surgen núcleos estudiantiles dedicados a estudiar el marxismo y a difundirlo, así como se afianza la unidad entre los estudiantes y la clase obrera. Ver José Carlos Mariátegui: Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana, Casa de las Américas, La Habana, 1973, pp. 104, 109, 138, 142. El otro factor que condiciona el aumento de la atención de los pensadores marxistas cubanos hacia el estudiantado es la actividad revolucionaria estudiantil contra el tirano Gerardo Machado. No po-

cubana. En él brillan como ejemplos hombres reales devenidos héroes por el empeño de alcanzar transformaciones, muchas veces no exclusivamente universitarias, también sociales.

Otro grupo social atendido también con esmero son las mujeres, lo cual muestra que en la concepción acerca del ser humano no sólo se tiene en cuenta el sexo masculino. De ellas se habla enfáticamente de su organización, coraje y otras cualidades positivas. En varias oportunidades se convoca a intensificar el trabajo partidista con ellas, sobre todo a partir del II Congreso Nacional del PCC (20-22 de abril de 1934), cuando comenzó a ser reconocida con mayor fuerza la capacidad de las féminas.<sup>29</sup>

Los pensadores marxistas cubanos emplean la distinción genérica de hombres y mujeres, para evitar la disolución de un sexo en el otro. Esta diferenciación se manifiesta en no pocas ocasiones, como en uno de los análisis que hace Carlos Rafael Rodríguez a Antonio Maceo, a quien ve «junto a los hombres y mujeres de su piel oscura, humillados todavía por la infamante desigualdad que él y sus compañeros quisieron borrar para siempre en nuestra tierra».<sup>30</sup>

Que los humanos sean concebidos como seres sociales y miembros de clases y grupos sociales no perturba la existencia de otra característica del pensamiento marxista cubano de esta etapa histórica y es que no pocas veces al hablar de alguien en específico se hace mayor distinción de su obra en beneficio de la humanidad que de su pertenencia clasista. Muchos pueden ser los ejemplos para ilustrar esta afirmación, pero sobresalen unas palabras de Raúl Roa, que datan de 1949, dedicadas a Gabriel Barceló. De él destaca que por su actividad revolucionaria rom-

---

cos estudiantes mueren entre 1925 y 1933 en la lucha revolucionaria contra un gobierno cuyo presidente ha quedado en la historia cubana como uno de los más asesinos de Cuba y toda América Latina.

<sup>29</sup> Ver Primera convocatoria al II Congreso Nacional del PCC, p. 2. Ver, además, Juan Marinello: «Un año de trabajo», en *Fundamentos*, No. 6, La Habana, 1941, p. 380. Blas Roca: «Palabras sobre la discusión», en *Fundamentos*, ( 54): 152, La Habana, 1946.

<sup>30</sup> Ver Carlos R. Rodríguez: «Antonio Maceo», en *Letra con filo*, edic. cit., t. 3, p. 151; Rubén Martínez Villena: «Bandera Roja y el siete de agosto de Grau San Martín», en *Poesía y prosa*, edic. cit., p. 260; Juan Marinello y Blas Roca: *Protesta del PSP por el bárbaro atropello de ayer*, Archivo Nacional, Fondo Especial, Legajo 5, No. 129, [s.p.]

pió «con la vida muelle y rosada que la perspectiva burguesa le brindaba, se ofrendó a los pobres y a los oprimidos».<sup>31</sup>

Aunque en el pensamiento marxista cubano, específicamente hasta mediados del siglo xx, se concibe al ser humano en su marco clasista, muchas veces se hace referencia a dos grandes polos opuestos: explotadores y explotados. A estos últimos también se les llama masa humilde, masa popular o simplemente pueblo, de quien Mella afirma en 1928 que está formado por «obreros, guajiros, clases medias —es decir quien sufre sobre sus espaldas el “nacionalismo” y el “proteccionismo” de los aliados del capital extranjero: la citada burguesía industrial cubana».<sup>32</sup>

De las masas populares reconocen su importancia para el desarrollo de toda obra social y su condición de fuente surtidora de héroes.<sup>33</sup> La atención que los pensadores marxistas cubanos le dan a las grandes masas populares denota una concepción del ser humano de consistencia popular colmada por la realidad nacional que le sirve de entorno.

El individuo y la sociedad en la concepción acerca del ser humano

Desde su surgimiento y hasta mediados del siglo xx, en el pensamiento marxista cubano la concepción acerca del hombre no se limita a las clases y grupos sociales, pues se tiene en cuenta al individuo y se respeta, como muestra en 1905 Carlos Baliño al sostener que en la realización de los objetivos del colectivo, cada hombre es importante y que la conciencia social clasista se logra cuando cada uno forma la propia. Afirma: «Cuando, mejor organizada la sociedad, no tenga el hombre que dedicar casi to-

<sup>31</sup> Raúl Roa: «Gabriel Barceló, ejemplo incitante», en *Retorno a la alborada*, edic. cit., p. 673. Roa destaca la acción política y mediante ella la pertenencia clasista de los seres humanos y su posición con respecto a los explotados. Puede verse, entre otros más: Carlos R. Rodríguez: «Ludwig Renn: pacifista en uniforme», en *Letra con filo*, ob. cit., t. 3, p. 291. Juan Marinello: «Picasso sin tiempo», en *Ensayos*, ob. cit., pp. 129-138.

<sup>32</sup> Julio A. Mella: «¿Hacia dónde va Cuba?», en *Documentos y artículos*, ob. cit., p. 405. Es grande el número de textos contendientes de la polarización de los hombres en explotadores y explotados, como: B. Roca: *Los fundamentos del socialismo en Cuba*, Editorial Páginas, La Habana, 1943, 155 p. y R. Roa: *Dictadura y democracia en América*, en 15 años después, La Habana, Editorial Selecta, 1950, p. 308.

<sup>33</sup> Raúl Roa: «Crisis de la universidad», en 15 años después, edic. cit., p. 338.

das sus energías a la sórdida lucha por el mendrugo [...] podrá desarrollar su individualidad con una libertad y una amplitud desconocidas en la sociedad actual».<sup>34</sup>

Este criterio Carlos Baliño lo mantiene a lo largo del tiempo, como lo muestran estas palabras suyas de 1922, cuando reflexiona que «para que nunca la masa trabajadora pueda ser vendida como un rebaño [...] precisa hacer mucha conciencia individual, llevar la propaganda liberadora a los más apartados rincones del país; una propaganda que haga comprender a cada obrero que debe capacitarse para guiarse a sí mismo, teniendo su criterio propio, su idealidad propia, su esfuerzo propio que sumará al esfuerzo común sin perder su individualidad, realizando la variedad en la unidad».<sup>35</sup>

Es de señalar que aunque entre los marxistas es un principio inviolable la subordinación irremediable de los intereses individuales a los de la clase obrera y el Partido, en un texto que data de 1949, Raúl Roa sentencia que es preciso «reintegrar al hombre sus potencias arrebatadas, enriqueciendo sin cesar su individualidad».<sup>36</sup> Es decir, que en el pensamiento marxista cubano no se niega al individuo ni la importancia de atenderlo con sus especificidades y singularidades, aunque no es el fin supremo de sus aspiraciones, que se centra en los grupos humanos, sobre todo la clase obrera y sus aliados en el empeño de construir una sociedad nueva y superior.

Julio A. Mella, R. Martínez Villena, Juan Marinello, Blas Roca y Carlos Rafael Rodríguez no niegan al individuo ni lo menosprecian, pero brindan la mayor atención a la sociedad y en ella a las clases y grupos sociales, así como al partido comunista. Aunque R. Martínez Villena se destaca porque subraya insistentemente la fuerza del colectivismo, reconoce la necesidad de respetar el derecho de expresar libremente el pensamiento y la voluntad individual,<sup>37</sup> no disuelve al individuo en la significación que le da a las clases y grupos sociales y reconoce la signifi-

<sup>34</sup>Carlos Baliño: «Verdades socialistas», en Documentos y artículos, edic. cit., p. 123.

<sup>35</sup> Carlos Baliño: «Respuesta a una encuesta de Nueva Luz», en Documentos y artículos, edic. cit., p. 170.

<sup>36</sup>Raúl Roa: «Crisis de la universidad», en 15 años después, edic. cit., p. 339.

<sup>37</sup>Ver R. Martínez Villena: «Nuestra protesta», en Poesía y prosa, edic. cit., p. 292.

cación de las convicciones, gustos, aspiraciones e ideales de los hombres por separado.

Es de señalar que en este pensamiento cubano la actividad individual no constituye un objeto en sí y sólo acapara la atención cuando es una sobresaliente entrega a la lucha contra la alienación, por el mejoramiento humano y cuando se interconecta con el amor a la patria. Con esos méritos como fundamento existen reflexiones en torno a hombres, cuyos nombres pueden formar un extenso listado. En este caso es preciso apuntar que Carlos R. Rodríguez, y sobre todo Juan Marinello y Raúl Roa, destacan frecuentemente, de modo individual, a hombres reales, con sus particularidades y su obra.<sup>38</sup>

La importancia dada al individuo también queda en evidencia con la referencia a rasgos individuales de hombres que se destacan por su dación humana. En este caso sobresalen las consideraciones de Raúl Roa, quien subraya los rasgos del carácter, como el coraje de Ernesto Alpizar, la nobleza de Pablo de la Torriente-Brau, el modo de ser huraño de Luís Felipe Rodríguez, y asimismo le da gran importancia a su historia, contradicciones y debilidades, como cuando reflexiona acerca de Martínez Villena, Ramón Roa, entre otros.

La referencia a rasgos individuales de los individuos toma presencia asimismo en cuanto al aspecto físico. Nuevamente se destacan las valoraciones de Raúl Roa. Una muestra son sus criterios acerca de Gabriel Barceló; de este joven revolucionario dice que «tenía la mirada fúlgida, la frente amplia, la palidez del asceta, el gesto másculo y la voz de trueno»<sup>39</sup>; de José Joaquín Palma asegura que tenía «reverberantes los ojos azules, tempestuosa la cabellera castaña».

La múltiple atención que los pensadores marxistas cubanos dan al individuo patentiza que el humanismo desplegado en su pensamiento está irrigado por la idea de que la lucha por una

<sup>38</sup> Ver de Carlos R. Rodríguez: «Seis horas con Joseph Freeman», en *Letra con filo*, t. 3, edic. cit., p. 263; Juan Marinello: «Nueva vida de Hernández Catá», en *Cuba: cultura*, edic. cit., p. 535; Raúl Roa: «Rafael Trejo y el 30 de septiembre», en *Retorno a la alborada*, edic. cit., p. 7.

<sup>39</sup> Raúl Roa: «Gabriel Barceló, ejemplo incitante», en *Retorno a la alborada*, edic. cit., p. 673. De este autor es posible remitir a un listado de gran tamaño, como «El poeta de Bayamo», *ibidem*, p. 501 y «Luís Felipe Rodríguez», en *Escaramuza en las visperas y otros engendros*, edic. cit., p. 278.

sociedad y una cultura verdaderamente humanas no ha de ser sólo una decisión colectiva en correspondencia con determinadas condiciones históricas, sino que ha de ser asimismo el fruto de una elección libre y consciente de cada individuo.

Fuerza humana: conjugación de posibilidades y realizaciones

La esmerada atención a la praxis práctico-transformadora y a la composición socio-clasista del ser humano, no conduce a los pensadores marxistas cubanos a menospreciar o ignorar la fuerza espiritual del hombre. En fecha tan temprana como es 1904, Carlos Baliño la destaca y recalca la potencia de la voluntad humana al afirmar: «Cuando la mayoría, no solo de los obreros del taller, sino de todos los proletarios, esté dispuesta a realizar este cambio, no habrá poder humano que lo impida.»<sup>40</sup> Una intelección de esta naturaleza es testimonio de la andanza de su realizador por los senderos de la aceptación de la fuerza humana en todas sus dimensiones, de la valía del hombre como simbiosis de posibilidades y realizaciones centradas en el presente y proyectadas al mañana.

En no pocos textos, Carlos Baliño enfatiza la significación del ansia por romper el régimen opresor capitalista y la construcción de uno humanista.<sup>41</sup> En relación con esta lucha refiere la abnegación, la valentía y la capacidad de sacrificarse sin temor a nada.

La fuerza, la disposición, la voluntad y entrega humanas están presentes en toda la obra del joven pensador Julio Antonio Mella como un impulso a la lucha. Mella cree en la capacidad de esos hombres y mujeres, a quienes ve como luchadores continuos en pos de la realización de sus objetivos sociales centrados en la creación de una patria nueva y subraya la valentía, la rebeldía y la disposición a entregarse para conseguir un fin.<sup>42</sup>

Pero esta concepción no tuvo un curso lineal en el pensamiento marxista cubano durante la primera mitad del siglo xx. En 1927,

<sup>40</sup> Carlos Baliño: «Por la propaganda», en Documentos y artículos, edic. cit., p. 67.

<sup>41</sup> Estas ideas están diseminadas en varios textos de Carlos Baliño, no obstante donde aparecen de un modo más conciso es en su trabajo «Verdades socialistas», Ver Documentos y artículos, edic. cit., pp. 105-125.

<sup>42</sup> Ver Julio Antonio Mella: «Mensaje a los compañeros de la Universidad Popular», en Documentos y artículos, op. cit., p. 227.

en un texto donde analiza diversas temáticas de las relaciones entre la URSS y los países imperialistas, Rubén Martínez Villena muestra la siguiente concepción acerca del hombre: «El marxismo eleva a la categoría de axioma el siguiente postulado: “La conciencia del hombre es desplazada por el hecho histórico objetivo externo. De modo que bien poco es el valor de sus deseos, anhelos, afanes, voliciones, en el desarrollo inexorable de los procesos sociales”». <sup>43</sup>

Según las anteriores palabras de Martínez Villena, cabe señalar en primer lugar que concibe el marxismo como un corpus inalterable, formado por axiomas, es decir, por postulados cuya certeza se demuestra por su claridad y evidencia, sin necesidad de ninguna otra demostración y, por consiguiente, sin que admita críticas ni cuestionamientos. Y en segundo lugar, que el hombre depende de las condiciones objetivas, las cuales lo atan o mueven irremediamente. No obstante, no se puede pasar por alto que esta afirmación del joven marxista va enfilada contra los intentos de las fuerzas reaccionarias para frenar la obra revolucionaria, pero de todos modos, a la luz de esas consideraciones a los hombres y mujeres sólo les quedaba seguir los cambios inevitables, marcados por las condiciones objetivas favorables al surgimiento de un nuevo régimen social, así que no valida ninguna obra humana en pos del retroceso, en contra de las leyes de la historia, pues todo intento contra ellas era inútil. A tono con esta opinión, tampoco el hombre podía actuar de ningún modo a favor del progreso, sólo le quedaba esperar por el curso de las leyes objetivas.

Este criterio y sobre todo este enfoque no se mantuvieron inalterables en el pensamiento de Rubén Martínez Villena. Seis años más tarde, en 1933, al referirse a unos militantes del Partido Comunista Español sentencia que ellos «fueron incapaces de evolucionar al compás del movimiento revolucionario español». <sup>44</sup> En ese análisis, junto con la aceptación de la incapacidad de esos hombres, reconoce la capacidad y fuerza humanas en medio de las condiciones objetivas. Esos militantes pudieron trans-

<sup>43</sup> Rubén Martínez Villena: «La URSS y el block imperialista», en *Poesía y prosa*, t. 2., Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1978, p. 185.

<sup>44</sup> Ver Rubén Martínez Villena: «La expulsión de los cuatro ex líderes del Partido Comunista Español y sus enseñanzas», en *ibidem*, p. 211.

formarse, pero no quisieron o no pudieron, es decir, ya entonces concibe al hombre no como un simple producto de las condiciones externas, sino como un ser capaz de actuar sobre las leyes objetivas conscientemente, con su capacidad racional y sus sentimientos.

Excepto esta aseveración de Martínez Villena, en este pensamiento cubano durante esta etapa histórica, la apoyatura de las disímiles reflexiones está en el carácter decisivo, en última instancia, de las relaciones económicas, con lo cual se subraya que el hombre no es una marioneta y que la economía no es el summum omnipotente y regidor implacable del destino humano. Así se le da gran atención a la moral, los gustos, la aptitud de decisión, entre otros aspectos en los cuales sobresale el reconocimiento que le dan a la subjetividad. Sobre este fundamento captan al hombre con su capacidad de aprehender las necesidades del momento y de actuar en correspondencia con ellas, con su fuerza y poder para impulsar a sus semejantes a hacerlo, sin ignorar sus posibilidades reales.

El hombre en este pensamiento cubano no es un resultado automático de las transformaciones económicas. Un ejemplo de ello son las siguientes palabras de Carlos R. Rodríguez cuando en 1943 refuta a quienes sostienen que los marxistas sólo piensan en el factor económico. A propósito asevera: «¿Quiere esto decir que los historiadores marxistas afirmamos que los promotores de la guerra del 68 actuaron simplemente siguiendo los dictados de un interés económico mezquino, sin que obraran en ellos ideales? ¿Sostenemos acaso que las acciones en Céspedes y Aguilera, Agramonte y Zambrana, no se producían por amor a la independencia de Cuba, sino por el cálculo estrecho de pesos y centavos?»<sup>45</sup>

Carlos Rafael Rodríguez destaca el significativo papel de la subjetividad mediante el reconocimiento de la competencia humana para encaminarse a la realización de sus fines, de un modo consciente y con independencia relativa, es decir, sin negar el condicionamiento mutuo entre lo objetivo y lo subjetivo ni el papel determinante de lo material, sobre lo cual la subjetividad actúa de diversas maneras. En ese mismo texto de 1943 asevera:

<sup>45</sup> Ver Carlos R. Rodríguez: «El marxismo y la historia de Cuba», en *Letra con filo*, edic. cit., t. 3, p. 38.

«Si los hombres no fueran “agentes del proceso histórico” capaces con su actuación de impulsarlo o retrasarlo, la historia quedaría estancada».<sup>46</sup>

En el pensamiento marxista cubano al subrayar la actuación del hombre sobre la realidad objetiva se valora altamente su fuerza espiritual. Así gozan de reconocimiento los personajes que se destacaron por poseerla, como José Martí, quien aparece frecuentemente como ejemplo por su persistente imposición a sus posibilidades físicas y por aprovechar las condiciones objetivas a favor de la lucha revolucionaria y actuar conscientemente sobre ellas. También es destacable la referencia a Rubén Martínez Villena, como la que emite Juan Marinello en 1935 cuando afirma que para aquilatar los valores de este hombre de pensamiento y acción «hay que centrarse no sólo en su momento, sino en su espíritu»,<sup>47</sup> idea ésta que expresa más de una vez con diferentes palabras.

La heroicidad en el quehacer cotidiano es arduamente apreciada, de ese modo se sostiene la opinión de que a pesar de la importancia que ejerza una acción y de sus resultados, lo más significativo es el «sentido íntimo, animador, de esa heroicidad»,<sup>48</sup> tal y como asevera Juan Marinello en 1937. A tono con ello, la fuerza de voluntad, la insistencia, la consagración y el amor son tenidos como grandes características humanas.

Con las anteriores cualidades como lente hay no pocas reflexiones y conclusiones. Un ejemplo a tener en cuenta es el criterio de Blas Roca expuesto en 1940 a propósito del XV aniversario de la existencia del partido de los comunistas cubanos. Blas destaca que su fundación tuvo lugar con un escaso número de asistentes: sólo cuarenta, que se sobrepusieron a la difícil situación política de Cuba y que a lo largo de los años su obra ha sido guiada por el amor, la abnegación y el espíritu de sacrificio que les permitió a los comunistas resistir torturas y evadir perse-

<sup>46</sup> Carlos Rafael Rodríguez: «El marxismo y la historia de Cuba», en *Letra con filo*, edic. cit., t. 3, p. 43.

<sup>47</sup> Juan Marinello: «Primer año de Rubén Martínez Villena», en *Masas*, No. 7, La Habana, 1935, p. 17. Ver del mismo autor: «Martí, España y los Estados Unidos», en *Mediodía*, (75): 8, La Habana, 1938.

<sup>48</sup> Juan Marinello: «Discurso en la clausura del II congreso internacional para la defensa de la cultura. Valencia, 1 de julio de 1937», en *Mediodía*, (29): 10, La Habana, 1937.

cuciones. No por ello ignora o subestima los errores cometidos por sus militantes debido al desconocimiento teórico y a una visión no suficientemente profunda de la sociedad.<sup>49</sup>

El sueño con un futuro mejor, la entrega espiritual a alcanzarlo y la confianza en el mejoramiento humano que proporciona la moral exhiben la importancia que se le brinda a la subjetividad, que no se abstrae de las condiciones objetivas, las necesidades de la sociedad y la cultura, las posibilidades reales y la actividad práctica conscientemente planificada, como muestran las siguientes palabras de Raúl Roa expresadas en 1949: «No basta embriagarse con la reverberante perspectiva de un futuro mejor para que este advenga graciosamente como regalo de Pascuas. Ni basta tampoco darle rienda suelta a la fe, al entusiasmo y a la acción si no se adopta, como punto de partida, un severo examen de conciencia y un solemne compromiso con las exigencias que dimanen de la realidad.»<sup>50</sup>

En el pensamiento marxista cubano durante la primera mitad del siglo veinte se valora la subjetividad con una mayor intensidad cuando toda su dimensión está al servicio de la humanidad, la cual es la encargada de reconocer el mérito y, lo más importante, de culminar el propósito de quien se mantuvo fiel a sus fines humanistas. Con entereza y convicción se subraya que si la muerte de alguien remueve las entrañas humanas e impulsa hacia la acción transformadora en beneficio de los hombres y mujeres del pueblo, su significación es mayor. Así abunda la referencia a la muerte de Rafael Trejo y de otros revolucionarios, como también se recalca la culminación de una vida cuando conduce a interiorizar la necesidad del momento y actuar en correspondencia con ella. Largo puede ser el listado de tales acicates. Uno de ellos es Máximo Gorki, de quien en 1937 Juan Marinello dice que «sale de la vida amado por la justicia del mundo.»<sup>51</sup>

<sup>49</sup> Ver Blas Roca: «El XV aniversario de nuestro Partido», en *El Comunista*, (10-11): 660, La Habana, 1940.

<sup>50</sup> Raúl Roa: «Rosas sobre un volcán», en *Bohemia*, (41): 74, La Habana, 1949.

<sup>51</sup> Juan Marinello: «V. Gorki y Unamuno», en *Mediodía*, (9): 7 y 14, La Habana, 1937. Ver de él mismo: «Franklyn Delano Roosevelt», en *Noticias de Hoy*, La Habana, 1945, p. 2. Ver también de Raúl Roa: *La jornada revolucionaria del 30 de septiembre*, Edición Cultural S.A., La Habana, 1934, pp. 50-56.

A modo de conclusiones vale puntualizar que, como se ha podido ver, en el pensamiento marxista cubano durante el período que media entre su surgimiento y hasta mediados del siglo xx se desarrolla, mayormente de modo implícito, una concepción acerca del ser humano, que concreta su contenido en el pueblo cubano y en la patria. En esta última juega un papel básico en el engranaje que forman la sociedad, la historia y la cultura de Cuba, donde sobresalen la política, la economía, las leyes jurídicas, la moral, el arte y la literatura, así como los nexos práctico-transformadores. Esta amplitud propicia aprehender al hombre con su esencia socio-clasista, en las relaciones dialécticas individuo-sociedad y con la importancia de su fuerza, sobre todo la interna, todo lo cual hace posible que dicha concepción tenga desde sus entrañas un marcado carácter multifacético, que nunca debe perderse de vista en la práctica para no caer en extremismos, en exclusiones inconsistentes ni en tecnocratismos injustificables.